

# Discurso político de Alberto Ruiz-Gallardón en el Congreso del Partido Popular

Secretario General del Partido Popular; Presidente y Presidente Fundador; Secretario Adjunto y Vicesecretarios Generales; Presidenta del Congreso; compromisarios, militantes y simpatizantes; señoras y señores:

Debo al secretario general del Partido Popular el honor de inaugurar este décimoquinto Congreso de nuestra formación con un *discurso político general*. Mis primeras palabras son, por tanto, de profundo agradecimiento hacia aquel que desde una relación de abierta confianza me ha encomendado el cometido de evaluar la situación que atraviesa nuestro Partido, así como la responsabilidad de apuntar posibles líneas de trabajo que se sumen a las ponencias y los informes que en los próximos días propiciarán un debate enriquecedor para el Partido Popular, y, sobre todo, para la sociedad española. Sabéis, como compañeros de Partido que sois, que esta tarea que me confía Mariano Rajoy enlaza con una ya larga dedicación personal a este Partido, desde el día de su fundación, al que he entregado más de la mitad de mi vida, y cuya evolución, por tanto, asumo y considero como propia. Evolución que, a lo largo de más de un cuarto de siglo, es la que nos ha servido para progresar desde una derecha minoritaria y dividida, hasta llevarnos a un centro político reformista ampliamente representativo que, a partir de una base humanista y un valioso aporte liberal-progresista, ha hecho del Partido Popular el exponente español de la principal corriente política europea.

Es mérito de dos hombres, fundamentalmente, haber conducido al Partido en esa andadura. El primero es Manuel Fraga, quien empezó por dar voz a la derecha española en la nueva democracia, y consiguió garantizar, a partir de la disolución de UCD, la continuidad de una opción política que equilibró lo que a todas luces fue la hegemonía arrolladora de la izquierda. Más tarde, el fundador de Alianza Popular rindió un valioso servicio al país al constatar el final de un ciclo y dar paso, con todas las consecuencias, a la refundación del Partido en el noveno Congreso Nacional de 1989, con el consiguiente relevo programático y generacional. Ese gesto de generosidad, libre de toda tentación de regreso, tutela o supervisión, es el que permitió que el Partido Popular sea hoy una formación joven, nacida ideológicamente en un mundo no dividido por el muro de Berlín, y que ha sabido conjugar en su seno las principales corrientes de pensamiento de la Europa democrática y liberal.

El segundo de esos dos hombres que han convertido al Partido Popular en el primero y más cohesionado de España es José María Aznar. Sus méritos son múltiples, y la trascendencia de su labor no será justamente valorada hasta que no transcurra aún algún tiempo. El primer mérito de Aznar es el que representa haber construido en torno a su liderazgo una unidad del centro derecha española inédita en su historia. El segundo estriba en haber emprendido una renovación política mediante un giro al centro que homologó a nuestra formación con sus iguales europeos. El tercer mérito se encuentra en los ocho años de gobierno más fructíferos que España ha conocido en muchísimas décadas. Y el cuarto consiste en su ejemplar retirada, comprometida y cumplida sin que nada le empujase a ello

más allá de la convicción de que cada tiempo requiere una persona, unas ideas y un estilo de liderazgo.

Como consecuencia de esa trayectoria, el impulso reformador liderado por José María Aznar ha tenido el vigor suficiente para transformar la realidad profunda de España de un modo quizá irreversible. Ocho años de crecimiento económico ininterrumpido, ocho años de intensas reformas estructurales, así como la madurez esencial de la sociedad civil española, que hoy aparece como una de las más inquietas y creativas del mundo, corroboran la idea que sostiene todo el discurso del Partido Popular: la constatación de que no existe ninguna tara constitutiva en la sociedad española que la incapacite para desenvolverse con similar iniciativa y posibilidades de éxito que el resto de su entorno occidental. La confianza plena en esta evidencia ha terminado por anular la secular manía de insistir antes en las dificultades que en las capacidades de nuestro país, hasta el punto de que, si España es hoy diferente, se debe más bien a la razón inversa. En efecto: nuestro país se identifica en el mundo como referente de estabilidad, de crecimiento económico y de dinamismo, de manera que la excepcionalidad de España tiene que ver con su condición de motor de la Europa del bienestar, en un contexto de incertidumbre y desánimo en el que nuestro país ha vuelto a desempeñar un papel que hacía 200 años que no asumía: el de modelo de progreso para otras potencias mundiales.

Esa inversión de la mentalidad histórica española, en virtud de la cual la resignación y un pesimismo casi ancestrales han dado paso a la confianza de los ciudadanos en sus propias facultades, es el mayor capital político que el Partido Popular atesora actualmente. El fortalecimiento del Estado de Derecho y su avance progresivo frente al desafío terrorista; el impulso al Estado del bienestar y su expresión en forma de nuevas prestaciones; la garantía de la Seguridad Social y el sistema de pensiones; la reforma de la Administración y la modernización de los servicios públicos; la agilización de la Justicia; el desarrollo del Estado autonómico; la dotación de infraestructuras productivas; el liderazgo en el ámbito iberoamericano y en la Europa del euro; la manifestación de una creación cultural no dirigida; y, sobre todo, la gran revolución social que significa la integración de más de dos millones de inmigrantes que son garantía de prosperidad y refuerzo generacional y cultural, constituyen las señas de identidad de un país que las ha interiorizado hasta el punto de no estar dispuesto a renunciar a ellas. Ser conscientes de esto supone un excelente punto de partida, que no de llegada, para el camino que vamos a emprender.

\* \* \*

Porque, a pesar de este histórico cambio de tendencia en la evolución socioeconómica española, el Partido Popular no gobierna hoy nuestro país. Las circunstancias nos han puesto en una situación distinta a la del partido de gobierno que hemos sido hasta ahora y que volveremos a ser dentro de cuatro años. Y la grandeza de este Partido consiste en que ese revés, que para otros sería motivo de desorientación, para nosotros puede serlo de reflexión serena, de adaptación inmediata y de recuperación segura. Sólo así estaremos a la altura de lo que los ciudadanos esperan de nosotros. Sólo así cumpliremos nuestro deber como servidores públicos y nuestro compromiso como hombres y mujeres del primer Partido del país. De ahí que estemos todos de acuerdo en que cometeríamos un grave error si nos entregáramos a la melancolía, refugiándonos en una línea de defensa cerrada de los logros pasados. No sólo porque, aún

siendo positivo, el pasado no deja de ser pasado, y la política es más bien una apuesta por el futuro, sino, sobre todo, porque ese ejercicio de realismo es el único que nos devolverá al Gobierno de España.

Ese realismo es el que nos lleva a todos a compartir un diagnóstico crítico con nosotros mismos en aquello que es necesario. Sé que sólo expreso una convicción general de los militantes, los simpatizantes y los cuadros dirigentes del Partido Popular si afirmo que, a pesar del inmenso progreso social que hemos impulsado, algo –reconozcámoslo– hemos debido de hacer mal. A estas alturas, no es descubrir ningún secreto que ese error ha podido consistir en un exceso de optimismo generado por tantos éxitos de gestión, percepción agrandada además por la llamativa inconsistencia de nuestros adversarios. Y nadie se escandalizará si admitimos que, aunque tuvimos claro el magnífico proyecto que defendíamos, quizá olvidamos que tan importante como la confianza en los valores que lo inspiran y la eficacia para materializarlo, es el modo de transmitirlo.

Puede que no hiciéramos el esfuerzo necesario para hacer ver el atractivo de nuestra organización y de nuestro proyecto. Puede que no identificáramos suficientemente los sentimientos de un importante grupo de ciudadanos. Quién sabe si acertamos a utilizar los estilos apropiados. Lo que es seguro, en fin, es que nuestra gestión ha sido buena, muy buena, pero quizá algo distante, y que una parte de los españoles nos ha sentido falsamente lejanos, por más que ésa no haya sido nunca nuestra vocación.

Así las cosas, el 14 de marzo confluyeron dos factores que quebraron nuestra línea de éxitos políticos. Los malentendidos producidos en los últimos años entre nuestra formación y la sociedad española se vieron acompañados de circunstancias dramáticas y absolutamente excepcionales que propiciaron un vuelco del pronóstico electoral. Uno y otro elemento son determinantes para entender lo que ocurrió aquella jornada, y quien prescindiera del primero para fiar el acierto de su análisis únicamente al segundo –o viceversa– estará sin duda equivocándose. Por separado, ninguno de los dos hubiera bastado para negarnos el triunfo electoral. Juntos, se hizo imposible que lo obtuviéramos.

\* \* \*

Y sin embargo, en este decimoquinto Congreso, el Partido Popular se prepara ya para recuperar el Gobierno de España en 2008. Lo hace no sólo porque la situación actual es claramente reversible, como evidencia el virtual empate obtenido en las elecciones europeas, sino sobre todo porque nuestro proyecto político no ha sido desautorizado. Ese proyecto vive en cada joven con empleo, en cada pensión asegurada, en cada iniciativa social que en estos ocho años ha encontrado el apoyo de la Administración y ha servido para transformar la realidad de España. Y vive, sobre todo, en un Partido sólido, que tiene, en la unidad y la apertura, la respuesta que está buscando para volver a contar no sólo con la confianza de los españoles, sino también con su simpatía.

Unidad, por una parte, que nace del diálogo y el entendimiento entre distintos puntos de vista, tan variados y ricos en matices como la propia sociedad española. No unidad conseguida al precio de un pensamiento único que anularía nuestro desarrollo intelectual y político, y que sería impropio de nosotros. Por otra parte, la apertura hacia la sociedad, piedra angular de todo nuestro proyecto

desde hace años, nos ayudará a identificar mejor los pensamientos, y sobre todo los sentimientos, de los ciudadanos. Porque no podemos olvidar que, además de gestión, una parte de los españoles espera algo más de nosotros. Descubrir ese algo más debería ser nuestra principal ocupación a partir de ahora, prestando atención a los cambios sociales, aumentando la presencia del Partido en la calle y redefiniendo nuestro ideario. Tenemos que abrir la mente a nuevas soluciones, no para perder de vista nuestros principios, sino para verlos cumplidos en un tiempo de cambios. En esta época confusa, hace falta valentía y claridad, y sobre todo un compromiso con la verdad, la libertad, la justicia, la solidaridad y la concordia.

Tenemos un magnífico medio para conseguirlo: nuestro Partido. Un Partido que debe ser mucho más que un conjunto de representantes elegidos democráticamente. Porque, tan importante como eso, es el hecho de que el Partido es nuestro instrumento para ser cercanos a la sociedad. Contamos con 700.000 afiliados que son nuestra voz entre la gente, que trabajan incansablemente por una España mejor, que han sido fieles a nuestra formación en condiciones difícilísimas, y que, en suma, y a pesar de todas las fatigas, guardan intacto el espíritu de profesionalidad, realismo y capacidad de diálogo que son marca del Partido Popular. Esas personas, que representan a la España real, sólo esperan participar en algo grande y que merece la pena, y por eso son nuestro mayor apoyo, nuestros mensajeros más sinceros, nuestra mejor baza a la hora de transmitir a la sociedad una voz clara y creíble. No olvidemos que a ellas representamos y a ellas nos debemos, porque en ellas, además, puede encontrarse la respuesta a la pregunta de cómo volveremos al Gobierno de la Nación en 2008.

Porque volveremos. Especialmente, si consideramos que el cambio imprevisto en la dirección del país ha dado pie a una situación inédita que no se había producido en los dos momentos de alternancia política que España ha conocido en su reciente historia democrática, en 1982 y 1996. A diferencia de entonces, se dan hoy *tres rasgos inéditos*. El *primero* es el hecho de que la alternancia en la España democrática se ha producido siempre en medio de una situación económica y social preocupante, caracterizada por estancamiento económico, altos niveles de desempleo y falta de confianza de la sociedad en sí misma. En 2004 eso no ocurre. El *segundo* elemento estriba en la asunción del Gobierno de la Nación por un partido que no se había preparado para ello, y que había orientado su programa, sus cuadros y su lenguaje más para seguir haciendo oposición que para dirigir la décima potencia del mundo, razón por la cual no se dotó de un modelo económico ni de Estado. Esas carencias no se producían en el PSOE de 1982 ni en el Partido Popular de 1996. El *tercer* elemento novedoso es el que supone que el Gobierno que se forma tras las elecciones dependa de la supervisión de un conjunto de fuerzas muy heterogéneo, debilidad a la que se suma el hecho de que una parte sustancial de su grupo parlamentario, depende de un liderazgo externo.

\* \* \*

Los españoles esperan, en concreto, que el Partido Popular sea garantía de la convivencia nacional, expresada en una Constitución cuyos valores de libertad, justicia, igualdad y pluralismo político no han caducado, y cuyo articulado no puede sustraerse a ellos cualquiera que sea el modo en que se reforme; esperan,

asimismo, un comportamiento responsable que contribuya a que el progreso producido en los últimos años no sea dilapidado; esperan un discurso habitado por convicciones profundas pero de corte práctico, dado que la política no es el espacio para la dogmática ensimismada, sino para lo posible, lo dialogado y lo acordado; esperan que el Partido Popular sea el elemento de equilibrio que impida exclusiones en la sociedad española y entre sus regiones; esperan un apoyo convencido y convincente a la Constitución europea, que aunque perfectible para los intereses españoles no deja de ser un hito histórico y la expresión de una de las inquietudes clásicas del Partido Popular; esperan, obviamente, una alternancia rápida que en 2007 y 2008 complete el ciclo político iniciado en 1995 y 1996 y aún no concluido; y esperan que cambiemos nuestro foco de atención, que ya no puede centrarse en lo mucho que se ha hecho, sino en lo que aún queda por hacer.

Junto a todas estas expectativas, existe otra demanda social que se halla muy extendida entre la ciudadanía, y es claramente sentida como una necesidad urgente. Se trata además de una demanda que compete especialmente a nuestro Partido, por cuanto que en el pasado ha hecho de ella uno de sus principales objetivos. Me estoy refiriendo a la necesidad de no perder de vista una empresa tradicional para nosotros como es la regeneración democrática de España, regeneración que pasa por fortalecer las estructuras de la sociedad civil, y sobre todo su participación en la vida pública. Quizá hayamos aplazado esos cambios más de lo conveniente, por lo que ya es hora de volver a impulsarlos. Quizá debimos haberlo hecho durante las dos legislaturas en que tuvimos la mayoría en el Parlamento. Porque, por muy cercano a la sociedad que a partir del lunes proponga situarse este Partido, éste no puede en ningún caso sustituirla. Los partidos políticos son sólo cauces que deben estar a disposición del discurrir de una sociedad viva, y si olvidamos esa función, si la endurecemos atribuyéndoles otra más rígida, entonces ese cauce pierde flexibilidad y capacidad, se convierte en dique, haciéndole así un flaco favor a la vitalidad democrática del país, que buscará otras vías de expresión. La propia salud del sistema de partidos, así como la identificación de los ciudadanos con sus instituciones democráticas, están reclamando ese nuevo impulso regenerador que no debe demorarse más.

Tenemos que demostrar, por tanto, que somos un Partido capaz de responder a los desafíos y demandas que nos plantean los españoles. Y, al mismo tiempo, hemos de ir por delante y convocar a la ciudadanía, desde un escrupuloso respeto a su sensibilidad y sus aspiraciones, para afrontar nuevos retos, en la seguridad de que seremos capaces de alcanzarlos. Lo primero que tenemos que hacer para ello es cumplir el mandato de los votantes. Agradecerlo y trabajar con la responsabilidad derivada de la confianza que nos han demostrado. En este Congreso, celebrado por el que es el primer Partido de España en número de afiliados, nuestro cometido principal consiste en abrirlo aún más a los ciudadanos y hacerlo completamente permeable a sus inquietudes. El Partido Popular ha de ser un espacio común para todos los que apuesten por el progreso. Es decir, el Partido Popular tiene que suprimir las barreras entre sus integrantes y los ciudadanos, rechazar todo pensamiento único y apostar por la diversidad, mirando al futuro con confianza, incorporando los valores de los ciudadanos y comprometiéndose con ellos.

En definitiva: si queremos ser el Partido de la mayoría tenemos que identificarnos con ella. No podemos subestimar la capacidad de los españoles: no

sólo necesitamos su apoyo, sino que les necesitamos a ellos. Necesitamos acoger a los trabajadores, los emprendedores, los profesionales, las mujeres, las nuevas familias, las personas mayores y la juventud.

Nuestro Partido viene a construir y no a destruir; a unir y no a separar; a sumar y no a restar. Tenemos que conseguir que desaparezca esa opinión de algunos españoles que manifiestan “que nunca votarían al Partido Popular”. Pueden votarnos o no votarnos, por nuestro programa, por cercanía o lejanía a nuestros candidatos, pero no por una decisión previa e inamovible, descartar completamente al Partido Popular. Éste tiene que ser el Partido de los que están convencidos de que la mejor manera de merecer el respeto de la gente consiste en respetar siempre a los demás. Éste tiene que ser el Partido de los que han aprendido que la tolerancia, con quien discrepa y con quien coincide, es, en cualquier circunstancia, el mejor equipaje político que uno pueda llevar. Éste tiene que ser el Partido de los que dan la espalda a toda forma de intransigencia, fanatismo o planteamiento radical. Éste tiene que ser el Partido de los que prefieren trabajar por el progreso de los ciudadanos mediante el diálogo, el consenso y el intercambio de ideas diferentes, con la voluntad de aportar y de construir. Éste tiene que ser el Partido de los que se esfuerzan en superar obstáculos, en lugar de ponerlos. Éste tiene que ser el Partido de la inmensa mayoría de españoles y españolas que quieren sentirse parte de esta experiencia apasionante de transformar España, para entre todos llevar a este país a la vanguardia de las grandes naciones del mundo. O, lo que es lo mismo, éste tiene que ser el Partido de la libertad, de la cultura, de la moderación... El Partido, en definitiva, de quienes queremos a España y creemos en España.

De momento, gobernamos en muchas regiones y municipios españoles, pero es verdad que estamos en la oposición en España. Admitimos y respetamos el resultado de las urnas. Por tanto, haremos una oposición seria, constructiva y eficaz para los intereses de los españoles. Ya estuvimos en la oposición, pero hoy existe una gran diferencia. Ahora los españoles saben que este Partido puede desde el Gobierno dar solución a sus problemas, mejorar su calidad de vida, garantizar sus pensiones. Saben que ante el fracaso de las políticas socialistas, pueden, con todas las garantías, mirar al Partido Popular y depositar su confianza en quien les va a garantizar una gestión ordenada, eficaz y desde luego mucho más cercana de lo que hemos hecho hasta ahora, de sus intereses y sus prioridades. Estamos preparados. Ha sido un paréntesis, que va a mejorar lo que hemos realizado con anterioridad.

\* \* \*

Somos un Partido renovador, que impulsa políticas de centro orientadas a la sociedad, y ese carácter amplio, tolerante, abierto a contribuciones diversas, es el que debe distinguir a un Partido que, más allá del *centro reformista*, está llamado a desarrollar un *centro integrador*. Para impulsar ese *centro integrador* el Partido Popular debe firmar *un nuevo contrato político* con los españoles. Un nuevo contrato con tres cláusulas: un *nuevo lenguaje*, una *nueva complicidad* con sectores sociales relevantes, y una *nueva relación con los ciudadanos de las nacionalidades y regiones* reconocidas en la Constitución.

El *nuevo lenguaje* del Partido Popular debe ser el mismo que recomendaba Gregorio Marañón cuando definía el liberalismo: “El liberalismo –decía– es una conducta [...] que no requiere profesiones de fe, sino ejercerla, de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla”. Así debemos ser liberales hoy en el Partido Popular, por puro hábito, por convicción, por respeto instintivo a las opiniones de los españoles, de todos los españoles. No como nota ideológica que nos distancie y separe, sino como estilo vivido que nos vincule.

En segundo lugar, el Partido Popular debería establecer una *nueva complicidad* con importantes sectores de la sociedad que en muchos casos manifiestan un cierto distanciamiento de nuestro Partido.

En primer lugar, con los *jóvenes*, porque en ellos tenemos que buscar la garantía de que la convivencia futura se satisfará en términos enriquecedores para la sociedad española, y porque en 1996 hubo un importante componente generacional en la alternancia política que nos llevó al Gobierno de la Nación. Somos, en la práctica, el Partido que más ha hecho por la juventud española: hemos suprimido el servicio militar obligatorio, hemos creado más empleo y hemos superado el periodo en el que los jóvenes carecían de horizontes. Por eso ahora les proponemos que nos acompañen para trabajar juntos por un pleno empleo de calidad, un desarrollo sostenible y una España más justa.

Por otra parte, tenemos que establecer –o más bien restablecer– un diálogo fluido con los *creadores*, para que nos ayuden a explicar mejor a los ciudadanos nuestro proyecto. Su compromiso con la realidad social a partir de su contribución a la ciencia, a las letras, a las artes, a todo aquello que hace progresar a un país por encima del ruido y la furia de las tomas de postura ideológica, es la savia que impulsa el presente de España, y la voz que ha de darnos respuesta a muchas incógnitas del mañana.

Esta *nueva complicidad* debe atender también a los *inmigrantes*, quienes constituyen uno de los motores de nuestra actual vitalidad, así como uno de los sectores más necesitados de explicarse, dialogar y proponer soluciones para los conflictos a los que inevitablemente da lugar una convivencia compleja como aquella por la que hemos apostado. En ese 6% de la población tenemos una magnífica ventana al futuro, que nos ayudará a entender mejor los pasos que pueden encaminar a España por la senda del progreso, la interculturalidad y la integración.

También, y de modo muy especial, es preciso que el Partido Popular promueva las reformas legislativas necesarias para garantizar a todos los ciudadanos, *cualquiera que sea su orientación sexual*, la estabilidad de su proyecto vital. Estoy convencido de que nuestra formación sabrá manifestar el respeto más profundo a los sentimientos y los derechos de aquellos que plantean su proyecto de vida de acuerdo consigo mismos, no sólo por la consideración personal que merecen, sino también porque esos proyectos vitales son parte del tejido social de un país tolerante y abierto. El Partido Popular no puede quedar al margen de una realidad que la propia sociedad española acepta y valora, y sé que tendrá la capacidad de debate suficiente para estudiar fenómenos nuevos pero de indudable actualidad, como la adopción de menores, de acuerdo siempre con el máximo interés de estos. En éste y en todos los demás aspectos de la vida social española, el Partido Popular está emplazado a atender principalmente a las

aspiraciones de los ciudadanos, sin que sus propuestas se vean condicionadas por ninguna confesión religiosa, corriente ideológica o postura particular. De lo contrario, corremos el riesgo de quedarnos al margen de lo aceptado por una amplia y legítima mayoría social.

El tercer pilar sobre el que puede asentarse el *centro integrador* es el que constituiría una *nueva relación con los ciudadanos de las nacionalidades y regiones* reconocidas en la Constitución. Esa *nueva relación* nace de la constatación de que en todas las partes de España existe un legítimo sentimiento de pertenencia local, sentimiento que, en sus versiones moderadas, es positivo, y no ha de ser incompatible, sino complementario, con el que inspira España como realidad más amplia. Este sentimiento de pertenencia es bien real, por más que su expresión en términos radicales y la eventual demanda de privilegios, o incluso la tentación de ruptura con el Estado, constituyan en algunos lugares un fenómeno político superpuesto que lo distorsione y no lo represente fielmente. El Partido Popular debe apostar por incorporar a su proyecto ese sentimiento simultáneo, que habita en muchos ciudadanos que saben que la ruptura y la agresividad constituyen un freno al progreso. Podemos y debemos ser un Partido atractivo para esos ciudadanos, a quienes debemos dirigirnos. De esta forma, estaremos salvando importantes obstáculos que, de otro modo, constituirían un problema a la hora de construir un modelo de Estado más avanzado, diverso e inexcusablemente solidario. Desde la rica lengua catalana donde habitaba, el poeta Joan Maragall reprochó amargamente: “¿Dónde estás, España? – no te veo en ninguna parte”, para después dirigir al país otra dura pregunta: “¿A tus hijos no sabes ya entender?”. Pues bien: es tarea de todos, y singularmente del proyecto del Partido Popular, dar constructiva respuesta a ese lamento, negar toda posible justificación a ese reproche, demostrar que España sabe y puede estar en todas partes, con un propósito fundamental: entender a todos sus hijos.

Durante todo el siglo XX, los españoles han aspirado a ser ciudadanos de un mundo moderno, aunque algunos de sus regímenes políticos no lo hayan sido, y, frente al tópico del fatalismo, han sabido ser finalmente dueños de su destino. Por eso, no caigamos en el monólogo de la España estática e inmemorial. Practiquemos, mejor, el diálogo de España consigo misma. España debe representar ante todo un proyecto de integración, entendido como aquel que suscita un espacio común para la colaboración en favor del progreso, que es siempre el que acerca, no el que distancia. Ese concepto, que es el que brota del reconocimiento de la diversidad entre regiones y ciudadanos, unido a la afirmación de su esencial igualdad de derechos, es el que debe bastarnos para hacer nuestra propuesta, pacífica, honda, cabalmente.

Nuestro Partido, en consecuencia, no va a enfrentar a Comunidades, no va a separar regiones. No queremos Comunidades de primera y de segunda, porque el bienestar y el futuro de cualquier español no puede depender del lugar donde haya nacido.

Gobernamos con éxito y estamos orgullosos de la buena gestión de nuestros compañeros en Baleares, Castilla-León, Galicia, Madrid, Murcia, La Rioja, Valencia, con Unión del Pueblo Navarro en Navarra y en las Ciudades Autónomas de Ceuta y Melilla; pero debemos creernos, y yo lo creo, que tenemos capacidad, discurso, personas y proyecto para gobernar en el resto de Comunidades.

Somos conscientes de las especiales dificultades de Cataluña y el País Vasco, pero tenemos unos afiliados que mejor que nadie nos marcan el camino que debemos seguir en estas Comunidades. Demostraremos en Aragón que nuestro discurso es de solidaridad y de mejora del bienestar social para todos y para Aragón también. Volveremos a gobernar en Asturias y en Cantabria, porque será bueno para los asturianos y para los cántabros. Convenceremos a los canarios de que nadie mejor que nuestro Partido comprende las necesidades que plantea la insularidad.

Sabemos que con nuestro esfuerzo merecemos la confianza que ya nos otorgan los castellano-manchegos en las elecciones generales, les diremos a los extremeños que no es verdad que tienen que resignarse a tener menos desarrollo por haber nacido en Extremadura, que hay un futuro mejor con un gobierno popular. Y vamos a gobernar en Andalucía, porque hablaremos con las mujeres y los hombres andaluces para decirles que creemos en ellos porque somos parte de ellos, y que Andalucía puede y debe ser una de las regiones más prósperas de Europa.

Este proyecto sugestivo para todos que nosotros podemos proponer podría girar en torno a cinco *elementos centrales*. El *primero* es el que concibe a España como una sociedad de ciudadanos, no como comunidad étnica, ideológica o de ninguna otra naturaleza que no sea la que otorga la cívica aceptación, desde la legítima diferencia de cada cual, de un marco común de valores e instituciones. Es la España del patriotismo constitucional que el Partido Popular tuvo el acierto de plantear en su Congreso anterior, y es la España que tiene la mejor garantía de su modernidad esencial en el texto de 1978, texto que sólo puede ser reformado con un consenso de la misma amplitud que el alcanzado entonces. *En segundo lugar*, se trata, también, de un proyecto que se propone impulsar un *nuevo desarrollo* para nuestro país, conforme a los criterios de máxima exigencia que nos han permitido ingresar en el euro, aspirar a incorporarnos al G-8 y alcanzar la plena convergencia con la Europa más avanzada en 2010. Este *nuevo desarrollo* debe ser no sólo económico, sino también social, cultural, y que ha de estar protagonizado por las Comunidades Autónomas, siempre que la cohesión social de los españoles quede absolutamente a salvo. *En tercer lugar*, nuestro país debería consolidar una Administración fuerte, resuelta, decidida pero dialogante, siempre atenta a las necesidades sociales, porque creemos en el liberalismo, pero los individuos solo pueden dar lo mejor de sí mismos cuando existen las necesarias condiciones de igualdad de oportunidades, así como de discriminación positiva cuando ello es necesario para garantizarla. *En cuarto lugar*, es preciso proseguir el avance hacia el pleno empleo, aspirando a conseguir eso que se ha dado en llamar “la cuadratura del círculo”, que sería aquel sistema capaz de hacer compatibles el dinamismo económico con la cohesión social, o, traspuesto a otra escala, la competitividad norteamericana con el modelo social europeo. *En quinto lugar*, es preciso desterrar de nuestra sociedad todo rasgo de violencia. La de género, desde luego, pero también la que es resultado de condiciones sociales deprimidas, y, obviamente, la que se acoge a un pretexto político, ideológico o religioso. Si por primera vez en más de treinta años hemos sido capaces de dominar, debilitar y confinar a ETA, identificando a sus actores, desentrañando su psicología y bloqueando sus resortes, ahora tenemos que trasladar ese mismo modelo a las nuevas amenazas que se ciernen sobre todas las sociedades abiertas.

\* \* \*

Este proyecto sugestivo de vida en común es el que, al tiempo que nos ofrece un programa para el futuro, resulta también más leal a la vocación histórica y futura de España. Esa vocación que distingue a nuestro país como una variante del gran proyecto occidental especialmente centrada en el ser humano, así como una hermosa demostración de la aventura de perfeccionamiento personal y social a la que la cultura a la que pertenecemos se ha consagrado. Esa vocación, en fin, que es la misma a la que tantos españoles de todas las épocas han dedicado sus vidas, y en quienes nosotros nos reconocemos como continuadores de una cierta genealogía de las ideas y, sobre todo, de las actitudes. Hablo de los erasmistas que quisieron entre nosotros una modernidad tolerante, y de los reformadores ilustrados que nos mantuvieron en ella, y de los diputados constituyentes que en Cádiz nos alumbraron a la libertad. Hablo de los intelectuales de principios del siglo XX que creyeron en el gran intento modernizador que podía y debía ensayarse en nuestro país. Hablo de esa Tercera España que frente a las incomprendiones y los malos humores de muchos trató de mediar entre las posiciones de las otras dos, y que es la única en la que podemos reconocernos. Hablo de los hombres y mujeres que se pusieron de acuerdo hace ya más de un cuarto de siglo, allá cuando se fundó este Partido, para buscar un entendimiento que permitiese a los españoles convivir en paz. Es la España de Jovellanos y de Manuel de Falla, de Antonio Machado y Américo Castro, de Ramón y Cajal y Caro Baroja. Es la España que ha sabido seguir la estela de los derechos civiles promovidos en el mundo anglosajón, y la de los Derechos Humanos consagrados en la Revolución Francesa.

Ésa es la España emprendedora, pujante y solidaria que ahora puede promover el Partido que dirige Mariano Rajoy. Superando una vez más las posiciones preconcebidas de unos y de otros, teniendo la ambición de la generosidad, haciendo honor a esa capacidad especial de reinventar la política que sólo tienen aquellos que definen de nuevo sus conceptos y objetivos, aquellos que, como dijo una famosa politóloga, se atreven a “pensar sin brandillas”, sin muletas, sin el apoyo fácil de las etiquetas y los clichés, es la España que debe reconocerse en el proyecto del Partido Popular.

Y lo haremos nosotros, no sólo desde la convicción, sino sobre todo mediante la pasión, la pasión política, que es una pasión de los fuertes, de los hombres convencidos y comprometidos, pero también una actitud propia de las personas dialogantes, receptivas a los sentimientos y puntos de vista de sus semejantes. Porque, a estas alturas, ¿quién no sabe ya que la política es mucho más que gestión? La política es también pasión, complicidad, ilusión. El ejercicio de la política nace de una relación con la ciudadanía de la cual adquirimos el carácter de representantes, pero ni en la oposición ni en el gobierno esa relación puede convertirse sólo en una delegación. La relación debe permanecer siempre fluida, constante, latente. El ejercicio del voto no es la relación, es una de sus manifestaciones, es la que otorga legitimidad en la gestión, pero no se extingue con él. Existen otras formas y canales de participación en la vida pública que no debemos menoscabar y a las que debemos permanecer atentos.

Digámoslo claramente: en el Partido Popular somos herederos, y lo decimos con orgullo, de la historia de nuestro Partido, de los muchos aciertos, y

también de los errores que hayamos podido cometer, yo el que más. Pero somos, sobre todo, un Partido de futuro, donde hay espacio para la utopía, para la rebelión, para el inconformismo ante los defectos e injusticias de un mundo en el que tantas cosas marchan todavía mal, y si no lo hay, si no somos capaces de preservar y ensanchar ese espacio, entonces nada de lo que digamos a la sociedad española tendrá sentido para ésta. Seamos, pues, un Partido también para los que nunca pensaron en apoyarnos, para los desencantados de la propia política, para los que no están de acuerdo con los caminos trillados y nos piden imaginación y esfuerzo para resolver los desafíos de un mundo a veces desconcertante.

Seamos, en fin, un Partido exigente consigo mismo, un Partido que no se acomode a ninguna inercia, un Partido que se distinga por su compromiso con la realidad social de España y, por tanto, con la necesidad que en estos momentos tienen los ciudadanos de identificar un liderazgo que sepa hablarles con cercanía y con claridad, que sepa recordarles por qué merece la pena afrontar la aventura de convivir generosamente en este país diverso, solidario y pujante. Seamos ese Partido, que es el mismo que conforman los hombres y mujeres del Partido Popular que hoy están aquí representados, y que desde hoy tienen la responsabilidad, la capacidad y la ilusión de volver a ponerse al servicio de todos y cada uno de los españoles.

Muchas gracias.